

Microtextualidades

Revista Internacional de microrrelato y minificción



Microtextualidades
Revista Internacional de
microrrelato y minificción

Directora
Ana Calvo Revilla

Editor adjunto
Ángel Arias Urrutia

Número 9 pp. 140-142
ISSN: 2530-8297

@ 2021 Microtextualidades

Microrrelatos

EMILIA OLIVA GARCÍA

(Malpartida de Plasencia, 1957). Licenciada en Filología Románica y en Filología Hispánica por la Universidad de Extremadura, poeta y editora en la revista literaria *En Sentido Figurado*. Ha recibido los premios de poesía Ciudad de Zaragoza, León Felipe, García de la Huerta. Ha publicado los libros (re)fracciones (Ayuntamiento de Zaragoza, 1997), torSión (Ayuntamiento de Zaragoza, 1999), figuraciones 7/77 (Ayuntamiento de Zaragoza, 2000). *Los ecos y las sombras. Música para un instante antes de morir*. (Alcancía, 2006), *Quien habita el fondo* (Celya, 2011), *Cifras de una fracción periódica* (De la luna libros, 2013), *Cuerpo sin voz* (Cuadernillos de intramuros, 24. IES Suarezde Figueroa, 2018).

Su obra narrativa, poética o experimental ha sido recogida en múltiples antologías: *Antología de Poesía Experimental española*. (Edición de Alfonso López Gradolí. Calambur, 2011), *Velas al viento. Los microrrelatos de la nave de los locos*. (Selección de Fernando Valls. Cuadernos del Vigía, 2010) entre otras. Mantiene su blog *torsiones* <<http://torsiones.blogspot.com/>> y la web del poeta y pintor José Antonio Cáceres <<https://joseantonioacaceres.jimdofree.com/>> de quien ha comisariado las exposiciones *Corriente alterna. Un libro esencial de José Antonio Cáceres*. MEIAC, 11 de diciembre 2018 a 11 de febrero 2019, *Unidad del mundo*. MEIAC, 7 de junio a 7 de abril de 2020. Resultado de su investigación sobre la obra experimental y pictórica de este autor es el estudio *La consciencia de ser. José Antonio Cáceres*, (Badajoz, MEIAC, 2019).

El recolector de libros

No sabe lo que les falta. De dónde les llega esa sombra sin alas. Ese plumón que no protege de las esquirlas. Ese aislamiento de muros transparentes que les deja a la intemperie para la chanza o la burla, como vestidos de almas al revés. Sin nido ni bandada. Se querrían invisibles, no presencia incómoda. Desean no tener que pedir perdón por estar. Se ovillan, se repliegan, agachan la cabeza, no miran. Se hacen los ausentes, los distraídos, los mudos, los lentos, los que no saben la respuesta, los que vacilan o dudan, los graciosos o los gamberros, a veces. Y cuando ya no pueden más, cuando pierden toda esperanza, se entregan a los márgenes. Desde su rincón en penumbra miran correr las horas lentas, agónicas, matan su aburrimiento en su atalaya de sueños. Están idos en las clases. Ausentes. Sospechan que no hay hueco para su silueta. Vislumbran que alguien se olvidó de dibujarles un sitio donde encajar en el mundo. Fuera de lugar, son blancos en las páginas, trozos de carne en los pupitres, obstáculos en las aceras atiborradas de gente, sombras chinescas por salas y pasillos, una carga en la casa. Hacen su mundo habitable con minucias. Recogen briznas de amor, agotan las esperas delante de puertas cerradas, acechan la fisura en lo real para hacerse unos con el mundo. Basta una palabra amable y se entregan a corazón abierto. Se miran al espejo, atusan sus alas, esponjan el plumón, sus ojos brillan y bailan. Luego les llega el golpe de realidad, la decepción, invariablemente. El miedo les abre su caverna, el refugio de la soledad como segunda piel a medida que crecen. Caminan en la muchedumbre y lo intentan, sabe Dios que lo intentan: ser uno más en la vorágine de las horas, en la corriente sin pausa que todo lo arrastra. Parecen camuflarse en el tapiz del mundo. De pronto la aspereza inesperada, la china bajo el pie, el contratiempo, la norma no entendida los desvía al no lugar. La casilla de salida que creyeron abandonar. Sombras sin alas, no saben qué les falta para ser. La vida les da frío. Eso iba mascullando, como alma en juicio de Dios, el hombre que rescataba libros entre montoneras de bolsas de desperdicios.

Emilia Oliva

De oscuridad, cucarachas y motas de polvo

porque las brujas -todos lo sabían allí- se alimentan de oscuridad, cucarachas y motas de polvo.

Care Santos, “La Habana vieja, dorada y trágica” (cuento)

No era así en el pueblo donde ella vivía. De oscuridad, cucarachas y motas de polvo se alimentan las viudas, que no son brujas, sino mujeres condenadas al perpetuo recuerdo del ausente. Con su paguita de miseria, su casa de postigos entornados y su cajita de recuerdos en naftalina, suben y bajan, calle de los muertos abajo y arriba, al cementerio. Repasan los nombres de los ausentes, les sacan filiación y brillo. Vacían las canaletas de las flores, encienden velas rojas, limpian el polvo a los nichos y silabeán, hablan con los muertos, quizás rezan o maldicen su suerte. No podemos saberlo, porque lo hacen con la rigidez de pergamino de su piel inexpresiva. Nunca lloran. Tienen los ojos secos, de un color gris o verde, glaucos. Pasan días, años, lustros y sube, baja su silueta delgada, efímera, de negro descolorido, como una mota en la luz, con arrastrar de pies y bastones en liza, como si aquello de lo que se alimentan, provocara una lenta e inexorable metamorfosis. Un día de pronto, ya no están. Se fueron por los tragantes de la casa o cayeron a las alcantarillas. ¿Quién puede saberlo? Se sustituyen silentes, fúnebres, sucesivas.

Emilia Oliva